

Psicoanálisis, marxismo: una vez más*

Psychoanalysis, Marxism: Once and Again

Gordana Jovanovic

Universidad de Belgrado (Serbia)

Resumen. Este artículo analiza la relación entre psicoanálisis y marxismo a la luz de dos ejemplos históricos del principio del siglo XX en la Unión Soviética y en Alemania. Estos ejemplos han sido elegidos por los acontecimientos socio-políticos con consecuencias duraderas en la que surgió una referencia al psicoanálisis como contrapartida necesaria al diagnóstico social. Mientras que el marxismo era oficialmente visto como una herramienta de cambio social en la Unión Soviética, en Alemania el marxismo se convirtió, con el ascenso del fascismo, tanto en objeto de represión como en herramienta fundamental de la oposición. Se verá que en ambos países el psicoanálisis fue visto como una herramienta importante cuyo destino fue moldeado por los objetivos establecidos por las estructuras de poder político. El artículo se pregunta si estos ejemplos históricos nos permiten extraer algunas lecciones para hacer frente a la crisis contemporánea.

Palabras clave: psicoanálisis; marxismo; Freud; Reich; Escuela de Frankfurt.

Abstract. This article analyses the relationship between psychoanalysis and Marxism in the light of two examples at the beginning of the 20th century in the Soviet Union and Germany. These examples have been chosen because of their long-lasting consequences in which a reference to psychoanalysis emerged as a necessary counterpart of social diagnosis. Marxism was officially seen as a tool of social change in the Soviet Union, while in Germany, with the rise of fascism, it became both a target of repression and a critical tool of opposition. In both countries psychoanalysis was seen as an important tool whose destiny was shaped by goals set up by power structures. The article asks whether from these historical examples we can draw some lessons for dealing with the contemporary crisis.

Keywords: psychoanalysis; Marxism; Freud; Reich; Frankfurt School

* Traducción del inglés al español por David Pavón-Cuéllar. El artículo, que forma parte de un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Educación, Ciencia y Desarrollo Tecnológico de la República de Serbia, fue desarrollado a partir de una conferencia magistral presentada por la autora en el *Segundo Congreso Internacional de Marxismo y Psicología*, realizado en Morelia, en agosto de 2012. Publicado en inglés por la revista *Psychotherapy & Politics International*, que amablemente nos ha dado la autorización para su traducción y publicación en español.

Introducción

La relación entre el psicoanálisis de Freud y el marxismo se convirtió en un tema de interés intelectual y político en los años veinte y treinta. Había entonces dos posiciones opuestas: una que afirmaba que no era posible combinar el psicoanálisis y el marxismo por diversas razones, entre ellas las ideológicas (por ejemplo, el psicoanálisis era visto como una ciencia burguesa); y la posición contraria, que reivindicaba no sólo la posibilidad sino también la necesidad de conectar el psicoanálisis con el marxismo debido a sus numerosas características comunes, entre ellas el pensamiento dialéctico y el enfoque complementario individuo-sociedad. Además se argumentó que sólo mediante la adopción de estas dos teorías podría uno dar cuenta de los complejos procesos de desarrollo humano y socio-histórico.

El interés en la relación entre el psicoanálisis y el marxismo, o, más bien, en el establecimiento de tal relación, surgió bajo condiciones socio-históricas muy específicas en Europa, particularmente en Alemania. Estas condiciones, desde un punto de vista marxista, estuvieron marcadas por una discrepancia notable entre la actitud subjetiva y la conciencia, por un lado, y la estructura social, por el otro; teóricamente las duras condiciones sociales en las que vivía la clase obrera debían llevarlas a embarcarse en acciones revolucionarias, pero no sólo falló la revolución social proletaria, sino que, peor que eso, la clase obrera alemana apoyó el ascenso del nazismo. Éste fue un gran desafío para la teoría y la práctica marxistas. Wilhelm Reich, psicoanalista marxista, describió la situación en 1933:

Meses después de que el Nacional Socialismo llegara al poder en Alemania, podían escucharse dudas sobre la exactitud de la explicación marxista de los acontecimientos sociales también entre aquellos que en sus obras, a través de los años, habían demostrado su firmeza revolucionaria y su compromiso libertario. (Reich, 1933, p. 27).

Hubo una experiencia histórica similar en la década de 1910, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando los partidos socialdemócratas votaron a favor de la guerra. Independientemente de otras diferencias políticamente muy importantes, las situaciones de 1914 y de 1930 mostraron el mismo patrón de falta de correspondencia entre la visión marxista de la conciencia de clase y de las condiciones sociales objetivas. Fue bajo esas condiciones que la teoría social marxista reconoció la necesidad de una teoría de la subjetividad.

También hay que tener en cuenta que los *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx (1844), escritos en 1844, no se publicaron hasta 1932. Estos manuscritos han sido juzgados de manera diferente –como los escritos filosóficos más importantes de Marx o como reflexiones humanistas desprovistas de suficiente rigor científico. Fue en estos manuscritos en los que Marx desarrolló sus ideas sobre la enajenación, sobre todo en el trabajo,

y también sus puntos de vista antropológicos generales. Marx propuso aquí una comprensión histórica radical de los seres humanos:

Porque no sólo las cinco sentidos, sino también los llamados sentidos espirituales y morales (voluntad, amor, etc.), el sentido humano y la humanidad de los sentidos, sólo aparecen a través de la existencia de su objeto, a través de la naturaleza humanizada. El desarrollo de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia anterior del mundo (Marx, 1844/1994, p. 75).

Sorprendentemente, a pesar de que las primeras opiniones de Marx sobre el desarrollo histórico de los seres humanos eran consideradas concordantes con la ideología marxista en la Unión Soviética, basada en el materialismo histórico, el “joven Marx” fue más bien descartado por esa misma ideología por muchos años. En cambio, el Marx maduro, centrado en la naturaleza de la economía de la sociedad capitalista, era visto como una fuente de herramientas para la lucha revolucionaria.

Pero hay otra paradoja. La situación social y política práctica en los años veinte y treinta mostró la debilidad de la teoría marxista y de sus predicciones. La revolución proletaria en Alemania y en otros países capitalistas, esperada por la teoría marxista, no ocurrió; aunque, paradójicamente, al mismo tiempo, la misma situación –la falta de revolución proletaria– demostró otra afirmación marxista, a saber, que la práctica es el criterio final de la verdad. La práctica, o los problemas prácticos en la consecución del objetivo revolucionario, hicieron pensar que la teoría marxista necesitaba un mayor desarrollo, en particular en la dirección de las condiciones de los sujetos o más precisamente de las posiciones subjetivas mediadas por las relaciones sociales objetivas, por la historia individual, por incertidumbres, miedos, etc. Como la falta de revolución demostró que las condiciones sociales objetivas de explotación y pobreza no fueron suficientes para inducir la revolución, las condiciones subjetivas se convirtieron en objeto de creciente interés, ya que se supuso que podrían haber intervenido.

La referencia a la historia temprana de las discusiones acerca de la relación entre el psicoanálisis y el marxismo, y sobre todo el contexto socio-político de estos debates, no sólo debe mostrar la relevancia histórica de tales discusiones, sino, más importante aún, servir como una invitación para relacionar ambas teorías para la situación socio-política actual, experimentada por cada vez más personas como una profunda crisis duradera. Las altas tasas de desempleo especialmente entre los jóvenes, el aumento de las desigualdades, la división entre capital y trabajo, la reducción de los derechos de los trabajadores, son cuestiones que incumben tanto a los expertos como a los profanos. Un destacado economista, Thomas Piketty, ha advertido las consecuencias potencialmente peligrosas del modelo económico existente y de la organización de la sociedad adaptada a la doctrina del neoliberalismo.

El crecimiento económico moderno y la difusión del conocimiento han permitido evitar el apocalipsis marxista, pero no han modificado las estructuras profundas del capital y de la desigualdad... Cuando la tasa de rendimiento del capital sobrepasa la tasa de crecimiento de la producción y de los ingresos, como lo hizo en el siglo XIX y como muy probablemente lo haga de nuevo en el siglo XXI, el capitalismo genera automáticamente desigualdades arbitrarias e insostenibles que socavan radicalmente los valores meritocráticos en que se basan las sociedades democráticas (Piketty, 2014, p. 1).

Obviamente no se trata sólo de cuestiones económicas, como subraya el propio Piketty: “De hecho, la distribución de la riqueza es una cuestión demasiado importante como para dejársela a los economistas, sociólogos, historiadores y filósofos. Es de interés de todos y eso es algo bueno” (Piketty, 2014, p. 2). Sin embargo, a pesar de muchas protestas en todo el mundo, ningún proyecto de cambio radical está ganando impulso. Por el contrario, parece que el capitalismo es capaz de asimilar y así transformar y pacificar los potenciales de oposición y de resistencia que se están generando continuamente. Es un patrón similar al del comienzo del siglo XX: las condiciones objetivas están produciendo crisis, pero falta el cambio social radical. En el resto del artículo, discutiré momentos históricos y debates sobre el psicoanálisis y el marxismo.

Comienzos

Incluso antes de la *Wiener Psychoanalytische Vereinigung* [Asociación Psicoanalítica Vienesa], en una reunión de la *Mittwochsgesellschaft* [Sociedad de los Miércoles], el 10 de marzo de 1909, los miembros de esa sociedad había discutido una conferencia a cargo de Alfred Adler sobre la psicología del marxismo (Nitzschke, 1999a). Alfred Adler, quien en ese momento aún pertenecía a la escuela del psicoanálisis de Freud, sostenía que Marx había reconocido la primacía de las pulsiones en la vida humana, las fuentes de la represión y la explotación, y las formas de superarlas y desarrollarlas conscientemente (Nunberg y Federn, 1977). La característica común del psicoanálisis y el marxismo era, en opinión de Adler, exactamente este intento de hacer conciencia. Sin embargo, Freud no estaba convencido, y respondió que, además de un esfuerzo para hacerse conscientes, las fuerzas opuestas producían la represión de las pulsiones. Por lo tanto el desarrollo humano estaría marcado tanto por una mayor libertad de pensamiento como por más represión de las pulsiones.

Cabe destacar que Freud entendía la represión de las pulsiones como un mecanismo necesario para el desarrollo cultural, como se comprueba en el texto intitulado *Die 'kulturelle' Sexualmoral und die Nervosität Moderne* [La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna], publicado en 1908, casi dos décadas antes de que se debatiera ampliamente la cuestión en obras posteriores, sobre todo en *Die Zukunft einer Illusion* [El porvenir de una

ilusión] (1927) y en *Das Unbehagen in der Kultur* [Malestar en la cultura] (1930). Así Freud mantuvo su aceptación conceptual de la represión como un mecanismo necesario de la cultura. “Tal vez deberíamos familiarizarnos con la idea de que hay dificultades inherentes a la cultura que no pueden evitarse por cualquier intento de reforma” (Freud, 1930, p. 244).

Aunque Freud aborde la desigualdad social –utilizando el término sociológico de “clase”– como una fuente comprensible de hostilidad hacia la cultura en la medida en que los miembros desfavorecidos de una sociedad no están dispuestos a adoptar y asimilar las demandas culturales, no vislumbra ni propone una sociedad libre de represión. Al mismo tiempo, la represión, la insatisfacción y sus consecuencias ponen la existencia de la cultura en riesgo: “Una cultura que deja insatisfechos a muchos de sus miembros y que los conduce a la revuelta no tiene ni merece perspectivas de existencia duradera” (Freud, 1927, p. 146). La cultura misma, por lo tanto, requiere la renuncia de pulsiones que pueden producir hostilidad. Freud no dudó en expresar y repetir tales advertencias.

Controversia clásica

La posición de Freud difería de la creencia marxista en que una sociedad libre se podría lograr a través de acciones revolucionarias. Teniendo esto en cuenta, es comprensible que la posición de Freud fuera vista como un desafío para la esencia misma de la teoría y la práctica marxistas. Finalmente se llegó al punto de que para demostrar la adhesión a la posición marxista, cualquier posición desafiante debía ser criticada o rechazada –y el psicoanálisis de Freud fue criticado por los marxistas como un enemigo ideológico. El ejemplo más conocido de tal conflicto entre el psicoanálisis y el marxismo fue el caso del psicoanalista Wilhelm Reich en la década de 1930: fue excluido del Partido Comunista de Alemania e incluso del Partido Comunista de Dinamarca (aunque nunca había sido miembro de éste) por haber publicado un libro con contenido contrarrevolucionario. Una reseña de diciembre de 1933, publicada en *Arbeiderbladet*, caracterizaba la *Psicología de Masas del Fascismo* de Reich como un ataque a la política revolucionaria (Boadella, 1975). En la primera página de su libro, Reich (1933) había escrito sobre “el hecho de que falle el movimiento de la clase obrera” (p. 27), lo que fue obviamente entendido como un ataque a la política revolucionaria, haciendo aparecer a su autor como un enemigo de la clase obrera. Reich también fue expulsado de la Sociedad Psicoanalítica Alemana y de la Asociación Psicoanalítica Internacional en 1934 a causa de su compromiso político (para un análisis más detallado de Reich, consúltese Jovanović, 2014).

El caso de Reich fue la culminación de una fase en el debate Marx-Freud. Mientras que el primer debate de 1909 no se hizo público, este segundo debate involucró a marxistas del partido y a miembros de las sociedades psicoanalíticas. El resultado final fue que en la Unión Soviética,

bajo Stalin, el psicoanálisis fue desacreditado y reprimido. En su *Historia del psicoanálisis en Rusia*, Alexander Etkind se refiere a un diagnóstico dado en 1930 por el cofundador de la Sociedad Psicoanalítica de Moscú, Moshe Wulff, ya exiliado por entonces en Berlín: “un movimiento psicoanalítico fuerte y fructífero habría podido ser desarrollado en tierras rusas si oficialmente no se hubiera luchado con tanta fuerza contra él” (Etkind, 1993, p. 435).

Sin embargo, en una época anterior en la historia de la Unión Soviética, hubo acontecimientos y experiencias que de ninguna manera permitían predecir un destino tan trágico para el psicoanálisis en el país de los obreros y los campesinos. Contrariamente a la creencia difundida por Ernst Federn de que Lenin no sabía nada sobre psicoanálisis, Cristfried Tögel (1989) encontró evidencia de que Lenin conocía algunos de los trabajos de Freud en su traducción rusa. En la biblioteca privada de Lenin se encontraron varias traducciones rusas de los escritos de Freud, entre ellos el caso del pequeño Hans (Freud, 1909/1913); las conferencias de *Introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-1917) con los comentarios de la esposa de Lenin, Nadeshda Krupskaja; y una colección de nueve escritos de Freud bajo el título *Teorías psicológicas fundamentales de psicoanálisis* (Freud, 1923). Tögel (1989) señaló que sería razonable suponer que al vivir en el extranjero entre 1895 y 1917 y al pasar hasta 15 horas por día en bibliotecas de Berlín, Leipzig, Ginebra, Zurich, París y Londres, Lenin habría tenido acceso a muchas otras obras de Freud. Los trabajos de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo* (1908) y *Cuadernos filosóficos* (1895-1916) contienen referencias a muchos psicólogos de la época, incluyendo a William James, Wilhelm Wundt y Theodor Lipps. El hecho de que Freud no fuera citado en las obras de Lenin podría ser, a juicio de Tögel, la consecuencia del “lavado” de la obra de Lenin por Stalin, es decir, la exclusión de las partes no deseadas. Según Tögel (1989), hay otros indicios que muestran que Lenin sabía de las ideas de Freud. Por ejemplo, Clara Zetkin escribió en sus memorias que Lenin mencionaba a Freud en sus discusiones. Había otras formas mediadas posibles en las que Lenin habría podido enterarse de las ideas de Freud. Uno de los transmisores, por ejemplo, habría podido ser Trotsky, exiliado en Viena entre 1907 y 1914, y colaborador de Adolf Joffe, un paciente de Alfred Adler. En la biografía de Deutscher sobre Trotsky, se dice que el revolucionario ruso animó a los científicos soviéticos, entre ellos Iván Petrovich Pavlov, a acercarse al psicoanálisis sin prejuicios. Puede ser que al conocer a Lenin, Trotsky se haya referido a la obra de Freud. Tögel (1989) ha identificado a dos personas que conocían tanto a Lenin como a Freud y que podrían haber informado a Lenin sobre las ideas de Freud. Uno era Levin Osipovich Darkshevich, un neurólogo que trabajó durante algún tiempo en la Universidad de Viena, donde conoció a Freud. En París Darkshevich se convirtió en amigo íntimo de Freud, con el que publicó un documento neurológico (Jones, 1953). Al regresar a la Unión Soviética, Darkshevich se convirtió en médico de Lenin, aunque, lamentablemente, no

demostró tener buenas habilidades de diagnóstico en el tratamiento de la última enfermedad de Lenin. La otra persona a la que Tögel (1989) se refiere fue Viktor Adler, vecino de Freud en Berggasse 19 y cofundador del Partido Socialdemócrata de Austria. Según Federn, Viktor Adler simpatizaba con el psicoanálisis y lo veía como compatible con austro-marxismo. Cuando Lenin fue detenido y acusado de espionaje en Galicia en agosto de 1914, Viktor Adler trató de ayudarlo en respuesta a una solicitud del Nadezda Krupskaja, y parece que su intervención ante el Ministerio del Interior permitió que Lenin fuera puesto en libertad. Lenin le dio las gracias a personalmente a Viktor Adler cuando fue a Viena. Tögel (1989) también argumentó que, al margen de cualquier relación personal con Freud y el psicoanálisis, la política de Lenin era de apoyo a todos los logros culturales y científicos, entre ellos el psicoanálisis. En nuestro vocabulario actual, diríamos que su política era incluyente –incluyente de toda la cultura burguesa en la que debía basarse la cultura proletaria para desarrollarse. La actitud de Stalin, por cierto, era la contraria, lo que tuvo muchas consecuencias trágicas. A diferencia de Stalin, Lenin entendía que el desarrollo social socialista sólo podría tener éxito en el contexto y sobre la base de los logros culturales y científicos de la sociedad burguesa. Tögel (1989) hizo hincapié en que la política oficial de Lenin en el más alto nivel gubernamental creó condiciones favorables para el psicoanálisis y permitió la traducción de obras de Freud al ruso y la publicación de libros sobre psicoanálisis de autores rusos en la editorial del Estado. Esta editorial tenía una colección psicológica y psicoanalítica que incluía la mayor parte de las obras de Freud, así como las obras de otros autores psicoanalíticos, entre ellos Carl Gustav Jung, Sándor Ferenczi y Melanie Klein.

La obra *Educación psicoanalítica en la Rusia Soviética* de Vera Schmidt fue publicada en 1924 por la Internationaler Psychoanalytischer Verlag. La obra presentaba el trabajo psicoanalítico de Schmidt en un hogar de niños en Moscú. Tras la publicación de este libro, hubo cursos de psicoanálisis y se fundó el Instituto Psicoanalítico del Estado. En 1921 la Asociación Psicoanalítica Rusa fue fundada con el apoyo financiero del Ministerio de Educación, en donde la esposa de Lenin jugaba un papel importante. Además se dictaron conferencias sobre psicoanálisis en la Academia Comunista, que era un centro para el desarrollo de las ciencias sociales. Un importante foro para la discusión de temas filosóficos era la revista *Pod Známeniem Marksizma* [*Bajo la bandera del marxismo*], establecida en 1922 en Moscú (Tögel, 1989). En esta revista, en 1923, Bychowski publicó un artículo sobre las bases metodológicas del psicoanálisis de Freud. Afirmó que el psicoanálisis era un sistema monista, materialista y dialéctico, y que, por tanto, estaba de acuerdo con el materialismo histórico y dialéctico. Bychowski no fue el único que defendió esta comprensión del psicoanálisis. Salkind y Luria tenían la misma opinión (Tögel, 1989). De todos estos hechos, Tögel (1989) llegó a la conclusión de que el psicoanálisis no era sólo tolerado, sino apoyado activamente en la Rusia de Lenin. Es posible ir aún

más lejos: me parece que el psicoanálisis no sólo fue visto como compatible con los objetivos de la construcción de una nueva sociedad, sino también como necesario para esta construcción.

En su estudio sobre la historia del psicoanálisis en Rusia, bajo el título notable *Eros Nevozmognogo* [Eros de lo imposible], Aleksandr Etkind (1993) observa que el psicoanálisis llegó a ser muy popular e incluso se puso de moda tras la revolución de 1917. Es verdad, sin embargo, que algunas traducciones rusas de obras de Freud ya estaban disponibles antes de la revolución. Etkind cita al escritor bolchevique Aleksander Voronski, uno de los cofundadores de la Asociación Psicoanalítica de Moscú, quien afirmó que los intelectuales marxistas fueron seducidos por la obra de Freud. Etkind se refiere también a los freudianos no-marxistas, como Viktor Shklovski, el fundador de la escuela formalista en Rusia, quien se describía a sí mismo no como un socialista, sino como un freudiano. Los famosos psicólogos Vygotsky y Luria, en su prefacio a la traducción rusa de *Más allá del principio del placer*, también reconocieron que Freud fue muy respetado en Rusia, tanto entre los científicos como entre el público no especializado. Describieron un aspecto característico del psicoanálisis en Rusia: “una tendencia nueva y original trata de construir una síntesis de freudismo y marxismo, con la inclusión de la teoría de los reflejos condicionados” (citado en Etkind, 1993, p. 220). Etkind (1993) también menciona a una analista practicante, Sara Neiditsch, quien viajó de San Petersburgo a Berlín y publicó en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse* [Revista Internacional de Psicoanálisis] un informe en el que señalaba que a pesar del hecho de que los representantes oficiales de la ciencia no trataran teóricamente y mucho menos prácticamente con el psicoanálisis, su actitud hacia él no era desfavorable. Etkind añade que en la Unión Soviética, como en otros países, el psicoanálisis entró en debates literarios durante la década de los veinte. Las referencias al inconsciente se utilizaron con bastante frecuencia en la explicación de las obras literarias, por ejemplo, de Babel, Pasternak y Pilnjak. Yevgenij Zamjatin utilizó una comparación con la teoría de Freud para describir el proceso de la escritura, y describió el papel de los escritores como “iluminación de los sótanos del inconsciente” (en Etkind, 1993, p. 221). Voronski afirmó que la revolución trajo consigo un nuevo tipo de héroe, con determinados rasgos conscientes e inconscientes. Su énfasis en el inconsciente se convirtió en un modelo que lleva su nombre: “voronshina” (Etkind, 1993, p. 222).

En opinión de Etkind (1993), muchas referencias a la psicología y la pedagogía eran “desastrosas”: “¿De qué sirven los buenos cambios económicos y políticos si uno, a pesar de todo el marxismo, debe hacer frente a experimentos psicológicos y pedagógicos?” (p. 225). Así Etkind interpretó como signo de debilidad la apertura del marxismo soviético a Freud en los veinte. Sin embargo, cuando una política radicalmente diferente se impuso después de la muerte de Lenin, y aparecieron actitudes muy hostiles hacia el psicoanálisis, el mismo autor también interpretó esto como un signo de

la debilidad y el fracaso histórico del marxismo. En mi opinión, Etkind asume una posición ideológica hacia el marxismo que le hace concebirlo como un fallo esencial, por definición, independientemente de sus actividades.

Lo que necesitaba ayuda era el proyecto general de la creación de un hombre nuevo dentro de la nueva sociedad. Etkind (1993) atribuye a Nietzsche la base filosófica para ese proyecto, pero Nietzsche, con todos sus cambios radicales y con su irracionalidad, no era adecuado para el bolchevismo. Etkind considera que Freud tuvo la oportunidad de proporcionar una teoría que reconocía el poder de la conciencia en el desarrollo humano. Habría sido esta confianza en la capacidad de los seres humanos para orientar conscientemente sus vidas lo que permitió que el marxismo y el freudismo se reunieran. A mi juicio, esta interpretación del psicoanálisis, que se aparta de su comprensión habitual como psicología del inconsciente, está bien fundada en muchas de las afirmaciones de Freud – como la más poderosa de ellas: “*Wo Es war, soll Ich warden*” [Donde el ello es, el yo ha de advenir]. El psicoanálisis aparece aquí orientado a la ampliación del ámbito de la conciencia, ayudando al paciente a tener acceso a sus experiencias reprimidas. En este sentido, yo diría que el psicoanálisis, en su afán de ampliar la conciencia hacia reinos subjetivos inconscientes y reprimidos, podría ser visto como una crítica de la ideología personal o de la falsa conciencia. El psicoanálisis satisface así las exigencias marxistas para una crítica de la ideología. De ahí que el marxismo encuentre a un buen aliado en Freud.

Yo añadiría que hay otro nivel en el que Freud y el marxismo comparten valores comunes: la confianza en la ciencia como forma superior de conocimiento y como vehículo de progreso. Incluso podría argumentarse que su confianza en la ciencia estaba muy cerca del cientificismo, es decir, de una especie de ideología basada en la confianza acrítica en la aplicabilidad universal del conocimiento científico inspirado en las ciencias naturales. Resulta pues comprensible que en la década de los veinte la Unión Soviética adoptara el psicoanálisis como un medio para la modernización de las personas a través del aumento de su conciencia. Desafortunadamente, como ya se dijo, no hubo continuidad en la apertura intelectual de la Unión Soviética después de la muerte de Lenin, y obviamente no sólo el psicoanálisis se vio afectado de manera adversa. A la luz de la posición del psicoanálisis en la Unión Soviética en las primeras décadas del siglo XX, yo concluiría diciendo que no hay ninguna incompatibilidad esencial entre el psicoanálisis y el proyecto socialista y marxista. Por desgracia, los avances introducidos en la Unión Soviética de Stalin, después de la muerte de Lenin, pusieron en peligro tanto el psicoanálisis como el marxismo y el socialismo.

Psicoanálisis en Alemania en los años treinta

Conviene comparar las posiciones del psicoanálisis en la Unión Soviética y en Alemania durante los treinta, cuando la situación se volvió aún más compleja. El 10 de mayo de 1933, los libros de cuatro psicoanalistas, junto con aproximadamente 400 otros autores, fueron quemados en Berlín. Las obras de Sigmund Freud, Anna Freud, Siegfried Bernfeld y Wilhelm Reich fueron condenadas por su “espíritu anti-alemán” con las siguientes palabras que acompañaron la quema: “*Gegen die seelenzerfasernde Überschätzung des Triblebens*” [Contra la destrucción del alma por la sobrevaloración de la vida instintiva]. Sin embargo, al mismo tiempo, de manera desconcertante, se intentaba conciliar el psicoanálisis con el régimen nazi. El erudito alemán Bernd Nitzschke analizó las “políticas nefastas de la DGP-IPA en relación con el régimen nazi, así como los tendenciosos relatos de lo ocurrido” (Nitzschke, 1999b, p. 352). Nitzschke documentó, con referencia a los informes de los psicoanalistas alemanes Felix Boehm y Carl Müller-Braunschweig, su intención de mostrar que el psicoanálisis podría ser útil para el nuevo régimen. Boehm y Müller-Braunschweig fueron elegidos presidentes de la Sociedad Psicoanalítica Alemana (DGP) en 1933. El mismo Freud apoyó su elección, condicionada a la expulsión del Reich de la DGP (Nitzschke, 1999b). Figuras importantes de la Asociación Psicoanalítica Internacional, entre ellas Ernest Jones, colaboraron estrechamente con Boehm y aprobaron un memorando, escrito por Müller-Braunschweig, en el que “recomendaban el psicoanálisis a los agentes del poder nazi” (Nitzschke, 1999b, p. 357).

El caso de Wilhelm Reich es revelador en cuanto a la adaptación del psicoanálisis al régimen nazi y la actitud de los psicoanalistas hacia el marxismo. En una carta a Ernest Jones, Anna Freud se quejó del compromiso político de Reich en Viena después de que dejó de Berlín en 1933, y, de hecho, el propio Freud aprobó la exclusión de Reich de la DPG. En su reconstrucción de la posición del psicoanálisis durante el nacionalsocialismo, Nitzschke (1999b) relata cómo el colega ario de Reich, Felix Boehm, fue a Viena en 1933 para buscar el apoyo de Freud en su proyecto de “arianización” de la presidencia de la DPG. Freud proporcionó ese apoyo, pero una de sus condiciones fue la expulsión de Reich. En palabras de Freud, en una carta a Max Eitingon, entonces presidente de la DPG: “Puesto que Reich está causando problemas en Viena, debe ser expulsado de la DPG [y por lo tanto de la IPA]. Quiero que esto se haga por razones científicas, pero no tengo ninguna objeción en que se haga también por razones políticas” (Freud, 1933). De modo irónico y trágico, el psicoanálisis se vio involucrado en la política por el mismo régimen que Reich criticaba en una crítica que Freud y otros psicoanalistas influyentes querían silenciar. De hecho, una de las medidas más utilizadas para efectos de adaptación era expulsar psicoanalistas judíos de las asociaciones profesionales con el fin de *salvar el psicoanálisis*: “Incluso en una fecha tan tardía como 1935 Anna Freud todavía creía que valía la pena renunciar a

cualquier oposición política para asegurar la existencia del psicoanálisis organizado en la Alemania de Hitler” (Nitzschke, 1999b, p. 360). Esta estrategia resultó en consecuencias para el propio Freud, quien también tuvo que abandonar Viena. Freud estaba más interesado en salvar al psicoanálisis que a las personas que no podían ser salvadas por el mismo. Como ha sido señalado por Peglau (2010), el periódico más leído en Alemania en 1939, *Völkischer Beobachter* [Observador del Pueblo], órgano oficial del Partido Nazi, publicó declaraciones de apoyo al psicoanálisis y a su papel en la conformación de un nuevo modelo de educación contra la doctrina represiva de la Iglesia sobre la sexualidad. Peglau ha mostrado cómo hubo en esta época una nueva comprensión del psicoanálisis, una comprensión adaptada, que lo privó de sus características principales:

Reinterpretado a través de la ideología nacional socialista, el psicoanálisis era en realidad un logro “ario” pre-freudiano; *Völkischer Beobachter* promovió incluso –por lo menos en ese día (05/14/1939)– conocimientos básicos sobre el psicoanálisis, no como psicología profunda sino como una rama médica muy moderna (Peglau, 2010, p. 346).

Más que eso, el psicoanálisis fue visto como un aliado importante para lograr la meta de crear valiosas cualidades de carácter en el nuevo orden nazi. Como Nitzschke (1999b) lo observó, “Müller-Braunschweig recomendó el psicoanálisis a los agentes del poder nazi como un método psicoterapéutico eficaz para convertir a ‘débiles discapacitados’ en hombres activos y eficientes” (p. 357). Así, en lugar de prohibirse durante el régimen nazi, el psicoanálisis se ajustó a los objetivos nazis.

Al comparar el destino del psicoanálisis en Alemania y en la Unión Soviética, algunas similitudes resultan evidentes. En ambos países se tomaron las herramientas psicoanalíticas como métodos utilizables para lograr objetivos políticos, pero de modo inverso. Sin embargo, en Alemania, a partir de los treinta, hubo otro intento de combinar el marxismo y el psicoanálisis en el marco de la teoría crítica de la sociedad, lo que se conoce como la Escuela de Frankfurt, con Max Horkheimer, Theodor Adorno, Erich Fromm y Herbert Marcuse en la primera generación, y especialmente con Jürgen Habermas (1971) en la segunda generación, desde finales de los años 1960 y 1970. La Escuela de Frankfurt también entiende el psicoanálisis de Freud como una teoría que proporciona medios conceptuales, teóricos y terapéuticos para la emancipación de la represión (véase, por ejemplo, Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson, y Sanford, 1950; Fromm, 1962; Horkheimer, 1936; Marcuse, 1955). En esta perspectiva, la emancipación individual sería necesaria para lograr la liberación de toda la sociedad. Además las ideas psicoanalíticas sobre la psicodinámica de las pulsiones, los deseos, la razón, las demandas de la realidad y las normas sociales internalizadas permitirían comprender la dinámica social. Por lo tanto el psicoanálisis sería un aliado en el proyecto de emancipación social.

El debilitamiento de los proyectos de emancipación

La otra trayectoria en la que el marxismo y el psicoanálisis se reunieron, la trayectoria soviética, experimentó un ajuste radical que puso en tela de juicio el antiguo proyecto de emancipación socialista. El cambio marcado por la trágica muerte de Lenin en enero de 1924, pero ya preparado durante su enfermedad, provocó una actitud radicalmente diferente hacia las ciencias, especialmente las ciencias sociales y humanas. El psicoanálisis también se vio afectado y empezó a interpretarse como una ciencia idealista e individualista, es decir, burguesa. Naturalmente el psicoanálisis no fue la única víctima de la era posterior a Lenin en la Rusia soviética. Por desgracia ese período duró mucho más tiempo que el primero. Por otra parte, además de su longitud, el período en cuestión ocupó simbólicamente no sólo todo el período soviético, sino también el legado intelectual más importante sobre el que se basaba: el marxismo. El marxismo se redujo al estalinismo, luego el estalinismo se identificó con el socialismo, y finalmente el socialismo se confundió con el fascismo.

El colapso de la Unión Soviética y otros países socialistas, en la década de los noventa, dio un nuevo impulso a una cruzada ideológica que identificaba el socialismo sólo con el estalinismo y con la dictadura. Debió erradicarse por todos los medios cualquier recuerdo de los valiosos logros sociales, intelectuales y culturales de las sociedades socialistas (por ejemplo, la educación gratuita, un sistema de salud gratuito, la guardería gratuita, los principios de igualdad y solidaridad, el sistema yugoslavo de autogestión y los primeros tiempos de la Unión Soviética, caracterizados por un florecimiento cultural que puede compararse con los momentos más gloriosos de la historia humana). Pero lo que está en juego no sólo es el pasado socialista. En términos psicoanalíticos, podría decirse que el vencedor ideológico proyecta el mal en el enemigo derrotado y adopta la posición de contraparte virtuosa que habría heredado el legado de libertad, y que, por tanto, estaría protegida contra cualquier crítica en la que se cuestionaría su concepción de la sociedad y del individuo. La propagación del neoliberalismo, coincidente con la destrucción de los proyectos socialistas, implica la privatización, no sólo de los medios de producción, sino también de los servicios sociales (como salud, educación, cuidado de niños, cuidado de ancianos). Este cambio de las condiciones sociales conduce a un cambio de la conciencia, del pensamiento, de los patrones emocionales y de valor. El sociólogo contemporáneo Zygmunt Bauman (1991) describe estos procesos:

La privatización completa, inflexible, dura y sin concesiones de todas las preocupaciones ha sido el principal factor que ha hecho que la sociedad postmoderna sea tan espectacularmente inmune a la crítica sistémica y a la disidencia social radical con potencial revolucionario... Lo que realmente importa es que no se les ocurriría cargar con la culpa de los problemas que pueden sufrir en la puerta del Estado, y menos aún esperar los remedios que se entregarían a través de esa puerta. La sociedad posmoderna resultó

ser una perfecta máquina de traducción que interpretaba las cuestiones sociales existentes y potenciales como empresas privadas (p. 261).

Con el cambio intelectual general de la agenda modernista –que incluía tanto el marxismo como el psicoanálisis de Freud– al postmodernismo, los proyectos de emancipación se ven desacreditados tanto retrospectiva como prospectivamente. Esto se relaciona profundamente, en mi opinión, con el psicoanálisis y en especial con la psicoterapia como una fuente cada vez más importante de la auto-comprensión de los sujetos modernos y de su comprensión del mundo. La privatización de las cuestiones sociales o –más precisamente– la traducción de las cuestiones sociales en preocupaciones privadas, significa una especie de encapsulación de un sujeto que absorbe todos los problemas de la sociedad, pero que no puede exteriorizarlos, es decir, remontar a su origen en la sociedad como fuente de traumatización de masas (Bianchi, 2003). La psicoterapia se convierte aquí en una especie de Leviatán interiorizado, en una sustitución de las funciones de la sociedad. Centrando la atención en los sujetos individuales y prestando cada vez menos atención a la sociedad en su conjunto, resulta más difícil, incluso conceptualmente, restablecer el vínculo entre las preocupaciones privadas y su origen social –y además, con la deconstrucción posmoderna, el sujeto se ve internamente desempoderado.

Como Terry Eagleton lo ha subrayado, se requieren fundamentos firmes contra el relativismo cultural, el convencionalismo moral, el escepticismo, el pragmatismo, el localismo, el rechazo de las ideas de solidaridad y organización disciplinada, y la falta de cualquier teoría adecuada de la acción política. Si hay aquí una esperanza de cambio, “al confrontar a sus antagonistas políticos, la izquierda, ahora más que nunca, necesita de fuertes fundamentos éticos e incluso antropológicos; nada menos que esto puede proporcionarnos los recursos políticos que requerimos” (Eagleton, 1996, pp. 134-135). Éste es, en mi opinión, también un marco necesario en el que el psicoanálisis y el marxismo podrían reclamar sus papeles de emancipación. El marxismo es una teoría crítica de la sociedad que puede revelar estructuras ocultas y manipulaciones ideológicas. Sin embargo, hoy en día, ésta es una tarea mucho más difícil a causa de las sociedades más complejas y diferenciadas. El aumento del nivel de interdependencia en un mundo globalizado requiere un enfoque aún más holístico que pueda captar el todo. A pesar de la afirmación posmoderna de lo local, éste se ve afectado y conformado por lo global. Reconocer la función formativa de las interacciones no es suficiente para llegar a los procesos de formación social. Se necesita el psicoanálisis en su gama completa, desde la teoría y la terapia del individuo hasta la teoría cultural. Debe evitarse la individualización teórica y la psicologización –contra las crecientes tentaciones en una cultura radicalmente individualizada y psicologizada. Los resultados subjetivos no pueden reducirse a orígenes subjetivos. La historia del psicoanálisis ha mostrado que el psicoanálisis se ha visto

afectado por la sociedad en la que se ha teorizado y practicado. Por lo tanto es también en su interés que debemos trabajar urgentemente por una sociedad diferente.

Referencias

- Adorno, T., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D., & Sanford, N. (1950). *The authoritarian personality*. Nueva York: Harper & Row.
- Bauman, Z. (1991). *Modernity and ambivalence*. Cambridge: Polity Press.
- Bianchi, R. (2003). Neoliberalismus als soziopsychischer Traumatizierungsprozess. *Zeitschrift für Psychotraumatologie und psychotherapeutische Medizin*, I, 51 –63(2), 75–85.
- Boadella, D. (1975). *Wilhelm Reich*. Nueva York: Dell Publishing.
- Deutscher, I. (1965). *The prophet armed. Trotsky: 1879–1921 (Vol. 1)*. Nueva York: Vintage Books.
- Eagleton, T. (1996). *The illusions of postmodernism*. Oxford: Blackwell.
- Etkind, A. (1993). *Eros des Unmöglichen: Die Geschichte der Psychoanalyse in Russland*. Leipzig: Gustav Kiepenheuer Verlag, 1996.
- Freud, S. (1908). Die “kulturelle“ Sexualmoral und die moderne Nervosität. *Studienausgabe* (Vol. 9 , pp. 9–32). Frankfurt: Fischer.
- Freud, S. (1909). Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben. *Studienausgabe* (Vol. 8, pp. 9–147). Frankfurt: Fischer.
- Freud, S. (1917). Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse. *Studienausgabe* (Vol. 1, pp. 33–445). Frankfurt: Fischer.
- Freud, S. (1923). *Fundamental psychological theories of psychoanalysis*. Moscú: Gosizdat.
- Freud, S. (1927). Die Zukunft einer Illusion. *Studienausgabe* (Vol. 9, pp. 135–189). Frankfurt: Fischer.
- Freud, S. (1930). Das Unbehagen in der Kultur. *Studienausgabe* (Vol. 9, pp. 191–270). Frankfurt: Fischer.
- Freud, S. (1933). *Brief an Max Eitingon*, 17. 4. 1933. Inédito.
- Fromm, E. (1962). *Beyond the chains of illusions: My encounter with Marx and Freud*. Nueva York: Continuum.
- Habermas, J. (1971). *Knowledge and human interest*. Boston: Beacon Press.
- Horkheimer, M. (1936). *Studien über Autorität und Familie*. París: Alcan.
- Jones, E. (1953–1957). *The life and work of Sigmund Freud*. Londres: Hogarth Press.

- Jovanović, G. (2014). Ein Beitrag zur politischen Geschichte. En S. Fauth, & G. Magnusson (Eds.), *Influx. Der Deutsch-Skandinavische Kulturaustausch um 1900* (pp. 381–413). Würzburg: Königshausen.
- Lenin, V. I. (1895–1916). *Philosophical notebooks*. Recuperado de <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/cw/prfv38pp.htm>
- Lenin, V. I. (1908). *Materialism and empirio-criticism*. Recuperado de <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/cw/volume14.htm>
- Marcuse, H. (1955). *Eros and civilization: A philosophical inquiry into Freud*. Boston: Beacon Press.
- Marcuse, H. (1965). Das Veralten der Psychoanalyse. In H. Marcuse (Ed.), *Kultur und Gesellschaft* (Vol. 2, pp. 85–106). Frankfurt: Suhrkamp.
- Marx, K. (1844). Manuscripts. En L. Simon (Ed.), *Selected writings*. Indianapolis: Hackett Publishing, 1994.
- Nitzschke, B. (1999a). Marxismus und Psychoanalyse. *Luzifer-Amor. Zeitschrift zur Geschichte der Psychoanalyse*, 2(3), 108–138. Recuperado de <http://www.werkblatt.at/nitzschke/text/marx.htm>
- Nitzschke, B. (1999b). Psychoanalysis during National Socialism. *Psychoanalytic Review*, 86(3), 349–366. Nunberg, H., & Federn, E. (Eds.) (1977). *Protokolle der Wiener Psychoanalytische Vereinigung* (Vol. 2). Frankfurt, Germany: Fischer.
- Peglau, A. (2010). “Verbrannt und beworben“: *Psychoanalytische Schriften im Nationalsozialismus und das Beispiel Wilhelm Reich*, 14(2/3), 332–363.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the twenty-first century* (A. Goldhammer, Trans.). Cambridge: Harvard University Press.
- Reich, W. (1933). *Die Massenpsychologie des Faschismus*. Frankfurt: Fischer, 1977.
- Tögel, C. (1989). *Lenin und die Rezeption der Psychoanalyse in der Soviet union der Zwanziger Jahre*. Recuperado de <http://www.freudbiographik.de/frdsu.htm>

Fecha de recepción: 7 de septiembre 2015

Fecha de aceptación: 12 de diciembre 2015